

Nuestra técnica frente a nuevos contextos tecnológicos



NANCY DELPRÉSTITTO¹

El siglo XXI le acerca a nuestro oficio nuevas tecnologías que nos obligan a replantearnos las herramientas que utilizamos, marcando su presencia en nuestra práctica psicoanalítica. Como punto de partida, me propongo reflexionar acerca de un paciente en análisis con el cual, por un período acotado de tiempo, el correo electrónico fue nuestro medio de comunicación.

La inclusión del uso del computador a través del correo electrónico marcó un punto de inflexión en este proceso de análisis: es así como los interrogantes son múltiples y corresponden a estratos diferentes de nuestra praxis. El encuadre y los elementos que lo conforman sufren una transformación. El tiempo de la escritura y la escritura en sí misma son una variable, lo mismo que lo era el tiempo de elaboración del texto que enviaba a modo de respuesta. Quedó subrayada la ausencia de lo presencial en esta nueva presencia a través de un instrumento tecnológico.

Así, el espacio de la sesión pierde sus referentes sensoriales, destacándose la ausencia de la presencia corporal, reduciéndose la comunicación al lenguaje escrito. También los tiempos cambian, tanto para el paciente como para el analista. Desconocemos el tiempo de elaboración de la comunicación del paciente, y la respuesta escrita también tiene otros tiempos. La asociación libre y la atención flotante funcionan de diferente manera. Al decir de Viñar (2002), nuestro oficio dejó de ser «de confección» para pasar a ser «a medida» del paciente que nos consulta en la actualidad.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nancydelprestitto@gmail.com

El computador ha sido incluido en nuestra práctica de modos diversos, incluso en el trabajo con niños y adolescentes, así como en el llamado análisis «remoto», telefonía celular, etc. Antaño, usar estas nuevas modalidades podría haber sido visto como un modo de transgresión, actuar en forma opuesta a todo lo que proclamábamos como lo legítimamente analítico. Pero los tiempos han cambiado, e intentamos pensar en incorporar o no estos medios, y cómo hacerlo. Estos producen alteraciones a la hora de hacerlos trabajar en nuestros consultorios. Cuáles, cómo y por qué los incorporamos a nuestra tarea son preguntas que surgen con más fuerza cuando nos parecen imprescindibles para algunos pacientes en situaciones peculiares. Esta incorporación de nuevas tecnologías modifica las herramientas, obligándonos a pensar en sus modos de inclusión.

ANTECEDENTES

Me retrotraje al siglo XIX, cuando el psicoanálisis ya avizoraba su nacimiento: Breur presenta a Freud y Fliess. Las biografías coinciden en que la afinidad que se produjo entre ambos selló el comienzo de un largo y fecundo intercambio epistolar.

Hoy podríamos decir que la correspondencia de Freud con Fliess ofició, por lo menos de manera parcial, de análisis, lo que habitualmente se llamó el autoanálisis. Freud necesitó a otro, un interlocutor que a modo de escucha le permitiera ir formulando sus avances y sus preguntas, así como sus fallos. Sabemos que intercambiaban también el relato de los avatares de su intimidad. Sin querer hacer comparaciones burdas, Freud encontró un interlocutor que oficiara de analista. Esta comunicación a veces era, incluso, presencial, cuando Fliess viajaba a Viena a visitar a su familia política. Las cartas se hicieron públicas a través de la Sra. de Fliess después del fallecimiento de este. Freud las había destruido. Seguramente no lo hizo por el intercambio acerca de sus ideas, sino por la intimidad que develaban de sí mismo.

Parece ineludible la necesidad de que otro sea depositario de verdades que pueden desbordar lo contenible en sí mismo con el objetivo de una posible metabolización de las propias angustias. Anzieu (1959/1978) nos dice que tal vez pensar estos intercambios como un modo de identificaciones proyectivas

sea insuficiente: «Es el mecanismo del fenómeno transicional, cuyo descubrimiento debemos a Winnicott, el que finalmente conviene más» (p. 141).

Los trabajos sobre técnica en Freud de 1911 a 1915 dan cuenta de un tono más normativo. Allí, explicita claramente lo que estaba permitido —así como lo que no era recomendable— poner en práctica. Resulta importante tener en cuenta que los consejos técnicos propuestos en esa época tenían relación directa con recomendaciones dirigidas a los nuevos analistas, prescribiendo y recomendando el análisis personal como herramienta *princeps* para iniciar la práctica clínica. La duración del tiempo de las sesiones, la frecuencia, el uso del diván, el cobro de honorarios han tenido fundamentaciones reglamentarias como manera de definir qué es psicoanálisis. Tuvieron que pasar veinte años luego de la formulación de su segunda tópica para dar otra vuelta a la técnica en «Construcciones en el análisis» y «Análisis terminable e interminable», ambos de 1937.

La que explicita de modo más personal es el uso del diván, ya que se refiere a que no se sentía a gusto con los pacientes frente a frente. Hoy no tomamos el uso del diván en esos términos, sino que lo proponemos, a mi modo de ver, de acuerdo con el tipo de psicopatología así como a diferentes momentos en un mismo análisis.

La duración de las sesiones ha sido cuestionada por Lacan y sus seguidores, que utilizan el corte de la sesión o escansión como herramienta terapéutica, o Winnicott, con el uso de las sesiones prolongadas.

Así como la frecuencia ha sido y sigue siendo un tema controvertido —sobre todo desde el punto de vista institucional— como norma que permite diferenciar el análisis de la psicoterapia, otros la cuestionan atendiendo a la psicopatología del paciente.

La regla fundamental, que se explicita al comienzo del tratamiento, es lo que se mantiene más inamovible: asociación libre y su contraparte, la atención flotante, para aquellos pacientes que se enmarcan en la neurosis.

También es importante subrayar el concepto de abstinencia, que con el devenir del tiempo ha ido ampliando su contenido. Freud lo planteaba en términos de reserva de la vida personal para impedir posibles deslices que llevaran al novel analista a poner en acto deseos inconscientes sexuales reprimidos aprontados en la contratransferencia, contando en ese momento solo con la primera tópica. Por tanto, la noción de contratransferencia a

su vez es escasamente desarrollada en aquel allá y entonces. Sin embargo, el requisito imprescindible fue y seguirá siendo el análisis personal del analista, que envuelve todos los múltiples factores. Ogden (1989) plantea que «la relación analítica es una de las relaciones humanas más formales y al mismo tiempo una de las más íntimas» (p. 141).

Mucha tinta ha corrido desde esos tiempos hasta la actualidad, múltiples autores posfreudianos desarrollan cada uno de los puntos mencionados. En sus orígenes, el psicoanálisis definió conceptos fundamentales: transferencia, sexualidad, inconsciente. Más allá de volver a interrogarlos y modificar nuestra interpretación de ellos, lo esencial es que continúan siendo el corazón del psicoanálisis, tanto en términos teóricos como clínicos.

REFLEXIONES SOBRE EL ENCUENTRO ANALÍTICO

Hace ya un tiempo, un paciente adulto en análisis tenía que ausentarse por un mes por circunstancias laborales propias del mundo globalizado. Debía viajar al exterior, a distintos puntos geográficos. A medida que se acercaba la fecha de su partida, la angustia se iba intensificando en clave de miedos diversos: que le sucediera algo a su familia en su ausencia, viajar solo a lugares desconocidos, enfrentarse a tareas laborales nuevas. Pero el temor más relevante es qué le podía ocurrir a él frente a la separación de su analista, con esta interrupción del análisis.

Tiempo antes, el paciente había expresado en sesión su gusto por la escritura, mediante la cual, según él, se expresaba más fluidamente que cuando tenía que hablar en presencia de otros, cercanos a sus afectos. Decía: «No logro soltarme del todo», reconociendo su dificultad. En aquellos momentos, esa expresión iba dirigida a mí cuando no encontraba una expresión más acabada para hablar con mayor fluidez. El contacto cercano cobraba una tonalidad un tanto amenazante, seguramente, representante de fantasmas tanto incestuosos como arcaicos, que tocaban y evocaban un narcisismo frágil, más intenso que el que él dejaba traslucir en los comienzos de su tratamiento. Se debatía entre un demasiado cerca o un demasiado lejos, al tiempo que yo intentaba intervenir con el objetivo de encontrar una proximidad sin temores, pero —he aquí su conflicto central— donde el ensamble de lo incestuoso y la indiscriminación con el objeto logran

poder ser subjetivados o cursar un camino de simbolización sin perder el *como si* que amenazaba toda la relación.

En la última sesión antes de su viaje, me preguntó: «Si mis miedos aparecen, ¿puedo llamarte?». En ese momento, transferencias mediante, «casi sin darme cuenta», le propuse que me escribiera, ya que, por diferencia horaria, iba a ser complicado comunicarse por teléfono. En este comentario mío, el *casi* marcó un significante importante que más tarde desarrollaré. Habría podido anticipar el uso de otro modo de comunicación y coordinar si se presentaba ese tímido pedido, pero el mecanismo de la desmentida —lo sé, pero aun así— según lo plantea Mannoni (1969), que deslicé con el uso del *casi*, nos envolvió a ambos. En su última sesión, pensé que no iba a concretarse; el paciente solo mostró su dificultad para separarse queriendo seguir presente en mí durante su ausencia.

Siguiendo la misma línea, para mi sorpresa, días después me encontré con un correo electrónico en el que relataba qué estaba sintiendo, relacionado con la distancia, con sueños, con cuestionamientos. La extensión de sus correos no excedía una página; sin embargo, mostraba claramente el conflicto del que era presa y sus modos de convivir con la angustia a través de los temores que en él se despertaban, dando cuenta de la atenuación de sus defensas, permitiendo poner su atención en aspectos centrales, buscando caminos para desentrañar por qué sus miedos lo llevaban a pensar en desenlaces catastróficos. A través de la escritura, él lograba dejarse ver sin rodeos.

En este sentido, la comunicación por escrito también podría plantearse como *acting* que se mantiene en el tiempo. En «Plenario. La clínica psicoanalítica en el contexto de cambio», De Freitas Giovanetti (Hanly, Eizirik, Fainstein, Boschan, De Freitas Giovanetti et al., 2011) hace referencia a un paciente que se comunicaba vía Skype la mayor parte de las veces, y se encontraban personalmente cuando él estaba en San Pablo. Plantea: «Cuando le cuestioné y le pregunté si sería que esto lo ayudaba, su respuesta fue: “No te muevas, no salgas de ahí” dejando claro para mí que la naturaleza y el anclaje de los vínculos humanos son mucho más complejos que aquellos que clásicamente consideramos en psicoanálisis» (p. 31). Este medio de comunicación permitió la continuidad de un análisis que hubiese sido imposible dadas las condiciones laborales del paciente.

Asimismo, como recomienda Lanza Castelli en sus trabajos, no debemos tomar toda expresión escrita como defensiva hasta conocer sus contenidos, destacando sus aspectos positivos de *insight* en pacientes para quienes la presencia del analista actúa de manera inhibitoria.

Luego de esa primera comunicación —a la cual respondí; más adelante desarrollaré de qué modo elaboré la respuesta—, el intercambio se tornó habitual, inaugurando una frecuencia que de alguna forma se injertó como un neoencuadre.

En algunos de sus correos, el paciente se despedía con estas palabras: «La seguimos...» o «Gracias por estar ahí». Todo iba nutriendo el vínculo transferencial. La contratransferencia seguía anidando cierta ceguera, lo que posteriormente contribuyó para destrabar ciertos aspectos, dando luz al proceso analítico.

En otros correos, reconocía su «soltura», a la inversa de lo que sucedía en sesión. Fue entonces que escribió: «¿Qué pasará cuando vuelva a mi análisis normal?», pregunta que yo también me hacía y que seguramente aún sigo sin develar en su totalidad. La diferenciación entre análisis normal e intercambio a través del correo electrónico es una de las interrogantes planteadas.

Este tramo del tratamiento tuvo peculiaridades manifiestas. La primera fue el uso de esta forma de diálogo que se estableció, en la que el *feedback* —a diferencia de lo que sucede en la sesión presencial— es en diferido. Esta modalidad de responder —en la que tenía la posibilidad de leer y volver las veces que, a mi modo de ver, encontraba necesarias— fue algo nuevo a tener en cuenta. Fue así que me permití reflexionar creando otros modos de intervenciones. Lo difícil para mí fue hallar la manera de formular en forma escrita una interpretación que no favoreciera la intelectualización, de modo de no obturar, haciendo un uso del proceso secundario que se acercara lo más posible al estilo que utilizo en las sesiones habitualmente.

Ahora bien, ¿por qué tomé el camino de responder a sus correos? Podría haber respondido que había recibido su correo con el solo fin de comunicar que lo había leído, y esperar su reacción acerca de mi respuesta, pero no lo hice. Respondía con palabras que buscaban contener su angustia, así como con preguntas abiertas que intentaban dejar fluir la comunicación que se había establecido, al tiempo que escribía en los márgenes de sus correos comentarios que no enviaba, con el propósito manifiesto de no movilizar

otros contenidos que aumentaran su angustia o que promovieran —al ser leídos-escuchados a distancia— el despertar de una tonalidad persecutoria.

Esta nueva modalidad de intercambio había despertado en mí curiosidad así como la ilusión de tomar esto como un *continuum* del análisis. Sin embargo, surgía la siguiente pregunta: ¿Cómo se produciría a su regreso la inclusión de lo que el paciente había entregado en sus correos, así como de lo escrito por mí en los márgenes? Días antes de que se reintegrara al análisis, tomé todo el intercambio que se había producido y lo leí sin pausa junto con estos comentarios o reflexiones. Y en ese volver, percibí que no había funcionado como un *continuum* del análisis: esa ilusión se desvaneció. Ambos habíamos quedado envueltos en esa fantasía compartida, más allá de que se había dejado ver la expectativa de que algo diferente podía producirse a su regreso. Él, a su diván; yo, a mi sillón, al encuadre habitual.

El paréntesis que produjo el intercambio cibernético fue dejando algunas migajas por un camino lateral que colaboró para producir un cambio de perspectiva de su conflictiva que hasta ese momento no se había producido. Hasta ese entonces, para el paciente yo había sido «acompañante» y «depositaria» de sus deseos sexuales hostiles. Ambos la evitábamos: el paciente, por temor a que yo no lograra recibirla y, por tanto, se la devolviera con la misma fuerza que era proyectada, y yo, como su analista, evitaba la tormenta transferencial que se avecinaba y que cultivó este diálogo analítico.

M. y W. Baranger (1969/1993) pensaron la situación analítica como campo dinámico por la complejidad de variables en juego. Es así que plantearon que tanto analista como paciente están implicados desde diferentes lugares en el interjuego de transferencias y expresaron la necesidad de una segunda mirada sobre lo que estaba sucediendo en la situación analítica, noción que se relaciona con la técnica y la clínica más directamente. Allí, dicen: «La situación analítica tiene por lo tanto que formularse no como situación de una persona frente a un personaje indefinido y neutral [...] sino como situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucradas en un mismo proceso dinámico. Ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro» (p. 129). Más adelante, agregan: «Toda modificación del campo espacial vivenciado es naturalmente significativa de una modificación global de la relación analítica» (p. 130).

Estos autores toman la conceptualización de Racker acerca de la contratransferencia, en su vertiente concordante o complementaria. En esta segunda mirada, la primera pregunta que surge es qué objeto fui para el paciente en estos intercambios, o bien, si este intercambio puso sobre el tapete el uso de la contratransferencia complementaria.

¿Quién estaba marcando la ruta en este proceso de análisis? Hoy respondo que, en algunos momentos, él marcaba el camino y yo funcionaba como *objeto acompañante*: depositaba en mí sus miedos, así como los deseos que se ocultaban detrás de ellos, y controlaba, de esa manera, mi posicionamiento analítico, no permitiendo hacer interpretaciones que calaran profundo y desestabilizaran sus defensas, que en su resistencia solo pedían amoldarse a las situaciones conflictivas sin producir cambios, inmovilizando el proceso. Pude detectar esta modalidad de contratransferencia complementaria, tal como la plantea Racker, actuando como un objeto interno del paciente, externalizado y proyectado en mí, impidiendo colocarme en una contratransferencia concordante que me dejara escuchar ese objeto temido, proyectado, borrando el tercero como maniobra para no reintegrar a su interioridad lo persecutorio y desestabilizador que podía acontecer en el paciente.

Sin embargo, la segunda mirada sobre el campo dinámico y los movimientos transferenciales y contratransferenciales que se habían producido me permitieron captar la conformación de un baluarte que estaba en formación desde antes de este modo de comunicación establecido por medio del correo electrónico. Según M. y W. Baranger (1969/1993), este baluarte siempre está presente, es como que el «analizando no quiere poner en juego porque el riesgo de perderlo lo pondría en un estado de extrema desvalidez, vulnerabilidad, desesperanza» (p. 151). Al deconstruir estos movimientos complejos en el campo del análisis, pude correrme de ese lugar que fue asignado por el paciente, al que yo acompañé como objeto interno, actuando en consonancia. Me permitió, por tanto, construir otra estrategia para confrontarlo con sus conflictos, que si bien eran relatados en sesión o escritos en correos, no prosperaban generando cambios en el paciente; sus miedos seguían presentes, pero sus intenciones inconscientes no contactaban en él.

Green plantea en la *Metapsicología revisitada* (1995/1996) «la ambigüedad de la demanda fóbica: “¡Ayúdeme! Y sea impotente para ayudarme porque su potencia, que yo tendría obligatoriamente que introyectar para

salir de mi prisión, me hará sentir que soy desbordado por una fuerza incontrolable que, en mi pasividad aparente, dejaré escapar y que se volverá contra usted... sin embargo, permítame evadirme, o sea ir y venir (por dentro y por fuera), alejarme de usted libremente y volver como me plazca, pero, sobre todo, no se marche usted y quédese ahí, esperándome”» (p. 312).

Entretanto, el trabajo de la contratransferencia planteado por De Urtubey (1994) apuntaría a develar que esta es inconsciente; con este paciente en particular se produjo un momento de dualidad en el que la asimetría se había perdido, quizás no solo en una mirada negativa, sino como un obstáculo que se transformó en beneficio para el progreso del proceso analítico. Había quedado capturada por un discurso inteligente y seductor a la vez que respetuoso del encuadre, funcionando con un pensamiento reflexivo, asociativo en apariencia libre, trayendo sueños donde todo apuntaba a un «casi» paciente ideal de análisis, tocando mis ideales, pero entre lo ideal y lo posible, la realidad se impone. Produjo lo previsible: una desestabilización con montos de angustias por momentos masivas, pero la relación se tornó más confiable, más auténtica y menos seductora, desenredándome de un discurso inteligente y respetuoso en todos los términos acordados en el encuadre. El paciente venía, asociaba, soñaba, pero nada parecía moverlo lo suficiente.

Al decir de Green (1995/1996), «la estrategia fóbica es una estrategia de evasión» y «el peligro de intrusión concierne al hecho de ser visto y de, por este hecho, tener que verse» (p. 311). En esta experiencia, todo en principio parecía perderse con la inclusión del computador: la no presencia; el encuadre habitual, que se desdibujaba; el lenguaje no verbal, que no podía ser percibido; el saludo al inicio y al final de la sesión; la presencia y los intervalos entre sesiones; seguramente, más elementos que me preocupaban. Sin embargo, acepté dejar entrar el intercambio en estos términos que describí y enfrenté un nuevo desafío para mi práctica habitual, y el balance fue positivo. Si bien obstaculizó, los obstáculos ya estaban generándose desde antes, por eso tal vez yo pongo al comienzo «casi sin darme cuenta» —trampas de lo consciente—, mientras que el beneficio fue mayor en tanto mi postura se modificó, el baluarte se destrabó y, de este modo, en él comenzaron hacerse más lugar sus propios deseos, frente a los cuales su huida perdía espacio.

La importancia del encuadre interno se me ha hecho evidente, me ha permitido rescatarme cuando los aspectos formales se desdibujaban, haciendo posible que pensara en una segunda mirada sus diversos sentidos para poder devolverlos al análisis. Pienso en las ideas de Bleger (1967) sobre encuadre como contenedor de los aspectos más regresivos del paciente y en los autores que han trabajado con pacientes que desbordan la neurosis clásica, con los que se plantean los problemas entre la firmeza y la flexibilidad necesarias, en ocasiones como actitudes contradictorias, que no son fáciles de manejar.

Si bien este paciente se enmarca en la neurosis, me pregunto si en esta situación se pusieron en primer plano carencias primarias vinculadas a la separación, donde la constancia interna del analista como objeto sostenedor no estaba suficientemente representada.

Podríamos en este punto preguntarnos si el uso de estos nuevos medios de comunicación solo se entiende por las dificultades externas como la imposibilidad de una sesión presencial y si estas en sí mismas dan cuenta de elementos propios de la conflictiva del paciente. También pienso en las determinantes culturales en un momento en el que la realidad virtual adquiere una presencia tan importante. Es posible que existan diferencias generacionales difíciles de discernir entre jóvenes pacientes nativos digitales y analistas veteranos que se integraron en su vida adulta a estos tipos de comunicación. Es posible que, como con toda novedad, haya algo del pasado que se pierda; debemos preguntarnos, entonces, qué es lo importante en el uso de nuestras herramientas y qué modificaciones técnicas las nuevas tecnologías nos exigen.

COMENTARIOS FINALES

Enfrentarnos al impacto de las nuevas tecnologías nos lleva a preguntarnos por lo central de nuestra práctica analítica. Nuestras herramientas están al servicio de una mejor comprensión de la conflictiva inconsciente del paciente, que redunde en su capacidad de amar y trabajar, al decir de Freud.

El encuadre se estableció como el dispositivo más apropiado para el descubrimiento de las resistencias al cambio, de recuerdos inconscientes, siguiendo las ideas de la primera tópica. Sin embargo, en el pasaje a la

formulación de su segunda tópica, la complejidad marcó un nuevo tejido para pensar la estructuración psíquica, mientras que los aspectos formales del encuadre no cambiaron.

En los desarrollos posfreudianos, los cambios más importantes se dieron con los aportes de Melanie Klein al psicoanálisis de niños, lo que habilitó también el uso del psicoanálisis para patologías más graves que obligaban a adoptar nuevos encuadres. Este último desarrollo se vio en parte frenado por la excesiva confianza de los analistas y la pobreza de resultados. Más adelante, con la propuesta de Lacan del recurso a la escansión como nueva herramienta que permitía al analista finalizar la sesión cuando lo creyera significativo, se generó una gran polémica en la que se mezclaron aspectos teóricos, técnicos y éticos. Por otra parte, Winnicott planteó el uso de sesiones prolongadas basado en consideraciones clínicas. Actualmente, la polémica está centrada en la frecuencia de las sesiones desde una perspectiva institucional. También hay autores que hacen consideraciones acerca de la relación entre frecuencia y psicopatología.

Este aspecto del encuadre se desdibuja cuando el intercambio es escrito, por correo electrónico, aunque podría pactarse un número de comunicaciones por semana. Si bien en este caso no se hizo, pienso que dejar en claro ciertos límites podría ser la manera de hacer entrar un tercero esencial para el proceso analítico.

En relación con esta situación clínica, pienso que resulta interesante verla desde la perspectiva del *acting* o del *enactment*. Este último, en especial, permite pensar actuaciones o transgresiones del encuadre debidas a lo que está sucediendo en el campo transferencial y que pueden ser analizadas dando nuevos *insights*. Los conceptos de campo analítico, segunda mirada y baluarte son aportes que iluminan esta situación clínica.

Las ideas de Bleger (1967) acerca del encuadre pueden ser también de gran utilidad, en tanto teoriza sobre los aspectos más regresivos depositados en él mismo. Quizás no solo se expresen elementos psicóticos, y, en el caso de transgresiones menores, sean aspectos regresivos propios de pacientes menos graves. Por supuesto que todas estas consideraciones únicamente pueden hacerse desde dispositivos teóricos específicos. El encuadre actuaría como una norma inflexible a la que deben someterse ambos protagonistas en el marco de la asimetría y, por tanto, marca impli-

caciones diferentes. Los autores que trabajan la idea de encuadre interno como los límites incorporados en todo analista producto de su propio análisis ponen el énfasis más en los aspectos psíquicos del encuadre que en los formales. Esta distinción puede ser de gran relevancia en la manera en la que nos manejamos con flexibilidad y firmeza. Como enseña el proverbio, no es la vara más rígida la que resiste mejor el viento, sino la que es más flexible y se curva y vuelve a enderezarse cuando cesa el temporal.

¿Hay o no ruptura del encuadre con este paciente? Desde el punto de vista del encuadre formal, sin duda que la hay y nos enfrenta al problema de volver las cosas a su cauce. Desde el punto de vista interno, la respuesta es más compleja. En tanto paciente y analista continúan trabajando los contenidos inconscientes, el vínculo transferencial se mantiene y aparecen nuevos elementos hasta ese momento desconocidos. Es posible que esta presencia virtual calmara ansiedades muy profundas y afanzara la transferencia positiva. También puede ser una forma de resistencia, en tanto la distancia de la comunicación virtual aleja estos nuevos contenidos psíquicos en el paciente. Hay algo de lo presencial que da una intensidad a la comunicación que este paciente rehuía.

La asociación libre (AL) y la atención flotante (AF) son consignas difíciles de cumplir y que se ven afectadas de una u otra manera en todo análisis. En los casos más difíciles, hasta puede estar contraindicada cuando los pacientes tienen dificultades mayores en la estructuración psíquica. La comunicación escrita sin duda establece diferencias tanto en la AL como en la AF; es posible que la porosidad del discurso consciente sea menor, aunque las defensas también puedan disminuir, dando cuenta de la complejidad del fenómeno.

El uso de la comunicación escrita va más allá de las nuevas tecnologías, y si bien, como señalamos al principio, fue un medio relevante para los inicios del psicoanálisis, no ha tenido desarrollos posteriores desde los puntos de vista teórico y técnico. Siempre ha sido de interés el rol de la literatura y la poesía como fuente de conocimientos del psiquismo humano, pero si bien se destaca su importancia, la comunicación escrita no ha sido suficientemente tenida en cuenta frente a la importancia de la comunicación oral.

En este trabajo intenté transmitir una experiencia que me sorprendió y me preocupó, llevándome a pensar acerca de las comunicaciones

vía correo electrónico con pacientes en psicoanálisis. Considero que es necesario desarrollar la teoría de la técnica para incorporar estos nuevos modos de comunicación en forma de encuadres más sistematizados. ♦

RESUMEN

En este trabajo, la autora plantea reflexionar acerca de la inclusión de las nuevas tecnologías en el marco de práctica psicoanalítica, y sus consecuencias técnicas y teóricas. En este sentido, se parte de un caso de un paciente en análisis con el cual el correo electrónico fue el medio de comunicación por un período acotado de tiempo. Para el análisis de esta situación en particular, la analista hace uso de los conceptos de campo dinámico, segunda mirada y baluarte planteados por Madelaine y Willy Baranger. Se plantea la necesidad de continuar con la reflexión acerca de la inclusión de estas nuevas modalidades de comunicación y su relación con el encuadre.

Descriptor: TECNOLOGÍA / ESCRITURA / MATERIAL CLÍNICO / TRANSFERENCIA / ENCUADRE PSICOANALÍTICO / CAMPO PSICOANALÍTICO

SUMMARY

This paper reflects on the introduction of new technologies in the context of psychoanalytic practice, and its theoretical and technical consequences. The author describes an analytic situation in which, for a limited period of time, the e-mail was the means of communication. In order to analyze this situation in particular, the author resorts to concepts such as: dynamic field, second view and stronghold [*baluarte*] described by Madelaine and Willy Baranger. The need to continue with this reflection on the inclusion of new means of communication and its relation to the psychoanalytic setting are discussed.

Keywords: TECHNOLOGY / WRITING / CLINICAL MATERIAL / TRANSFERENCE / ANALYTIC SETTING
/ PSYCHOANALYTIC FIELD

BIBLIOGRAFÍA

- Alizade, M. (2002). El rigor del encuadre interno. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 13-16.
- Anzieu, D. (1978). *El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis* (tomo 1). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores. (Trabajo original publicado en 1959).
- Baranger, M. y Baranger, W. (1993). *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires: Ediciones Kargieman. (Trabajo original publicado en 1969).
- Bleger, J. (1967). *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1976). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 107-121). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (Nuevos consejos sobre técnica del psicoanálisis, III). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 159-174). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- (1976). Recordar, repetir y reelaborar. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 145-157). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- (1976). Sobre la dinámica de la transferencia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 93-106). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912).
- (1976). Sobre la iniciación del tratamiento. (Nuevos consejos sobre técnica del psicoanálisis, I). En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 12, pp. 121-144). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Green, A. (1990). El analista, la simbolización y la ausencia en el encuadre analítico. En A. Green (ed.), *De locuras privadas*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1972).
- (1996). *La metapsicología revisitada*. Buenos Aires: Eudeba. (Trabajo original publicado en 1995).
- Hanly, C., Eizirik, C., Fainstein, A., Boschan, P., Freitas Giovanetti de, M., Schkolnik, F., Hanly, M. (2010). Plenario. La Clínica Psicoanalítica en el Contexto de Cambio. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 111, 15-43.
- León de Bernardi de, B. (1999). Contratransferencia, comunicación analítica y neutralidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 95-111.
- (2015). La teoría del campo como metáfora y las metáforas en el campo y en el proceso analítico. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 74, 167-198.
- Mannoni, O. (1969). *Clefs por imaginaire ou l'autre scène*. Paris: Seuil.
- Ogden, T. (1989). *La frontera primaria de la humana experiencia*. Madrid: Julián Yébenes.
- Schkolnik, F. (1999). ¿Neutralidad o abstinencia? *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 89, 69-82.
- Urtubey de, L. (1994). Sobre el trabajo de contratransferencia. *Revista de Psicoanálisis*, 51(4), 719-727.
- Viñar, M. (2002). Sobre encuadre y proceso analítico en la actualidad. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 96, 31-36.